

“¿Hasta cuándo os tendré que soportar?” (Mc 9,19)

¿Liderar la esperanza de las comunidades religiosas?

43 Semana nacional de Vida Consagrada
24 abril 2014

Javier Álvarez-Ossorio ssc

Aclaración previa

Servicio de la autoridad no es liderazgo

Entiendo que se me pide una reflexión sobre qué puede hacer la autoridad en la vida religiosa para avivar la esperanza de las personas y de las comunidades. Por eso debo comenzar señalando una dificultad que requiere una aclaración previa: la esperanza en una comunidad religiosa no se puede “liderar”, o, dicho de manera más precisa, quien ejerce el servicio de la autoridad (el *superior*) no tiene por qué ser un *líder* ni tiene entre sus funciones la de “liderar la esperanza”.

El *líder* (traducción de la palabra inglesa que indica al “guía”) es, según el diccionario de la Real Academia, la persona a la que un grupo sigue, reconociéndola como jefe u orientadora. El líder es alguien con un carisma personal que, por su entusiasmo, su capacidad de iniciativa y sus ideas audaces, consigue arrastrar a un grupo de personas hacia un objetivo. El líder, en fin, tiene un cierto magnetismo que atrae a las personas en torno a él y a su causa.

Cuando el evangelio dice que Jesús caminaba delante de sus discípulos (Mc 10,32), dirigiéndose decididamente hacia Jerusalén, nos lo presenta ciertamente como un líder que atrae y arrastra. Muchos lo reconocen apasionadamente (e inconcientemente) como un verdadero caudillo: “vamos también nosotros y muramos con él” (Jn 11,16); “te seguiré adonde quiera que vayas” (Lc 9,57); “contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte” (Lc 22,33).

A pesar de esas declaraciones entusiastas, el texto citado de Mc 10,32 añade a renglón seguido: “ellos estaban sorprendidos y los que lo seguían tenían miedo”. Los líderes tienden a camuflar las dificultades y a rebajar el costo del objetivo para no perder seguidores y no desmoralizar a sus huestes. Pero Jesús no quita hierro a su misión y llega incluso a desafiar a sus discípulos: “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67). Extraño líder que espanta a sus secuaces. Se diría que es lógico que acabara solo, abandonado por todos.

El *superior* no tiene que ser un líder. Su responsabilidad principal no es la de liderar, sino la de cuidar de sus hermanos, y hacerlo con autoridad, es decir, con capacidad de tomar decisiones. “Cuidar” significa muchas cosas, también interpelar, llamar y exigir, si fuera necesario. Para eso, su posición no estará normalmente en la vanguardia innovadora, sino detrás del carro, empujando. Es el coche escoba del pelotón que recoge a los cansados. O bien el timonel en la popa de la piragua, atento a que el grupo no pierda el rumbo.

La esperanza es el ancla que nos tiene aferrados al futuro de Dios, pase lo que pase. Estrictamente hablando, el único que puede liderar esa esperanza, el único que “nos guía a la salvación” (Hb 2,10), es Jesús. “No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, el Mesías” (Mt 23,10). Superiores, cuidadores de sus hermanos, encargados del servicio de la autoridad, puede haber muchos; líder, solo hay uno.

Un texto orientador: Lc 12,35-46

“Tened ceñida vuestra cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo. Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre”.

Pedro le dijo: “Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?”

Y el Señor dijo: “¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para que reparta la ración de alimento a sus horas? Bienaventurado aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

Pero si aquel criado dijere para sus adentros: «Mi señor tarda en llegar», y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles”.

1. “Mi señor tarda en llegar” (Lc 12,45)

Hablamos de la esperanza grande, con mayúscula; la esperanza que no se confunde con que las cosas salgan bien, o con que nos sintamos mejor, o con que veamos el futuro con optimismo. Hay que guardarse de caer en esa esperanza egoísta según la cual la vida cobra sentido cuando mis pequeñas cosillas marchan como a mí me gusta. Hablamos de la esperanza escatológica, la que se expresa en el grito de la anamnesis eucarística: “ven, Señor Jesús”. Aguardamos al Señor que debe volver. En Él, que está pero no está (por eso le esperamos), deseamos anclar nuestra existencia. Su ausencia nos duele, pero también nos moviliza.

La esperanza puede oscurecerse. Ocurre que aquello en lo que confiamos, aquello que creemos, no da pruebas de su impacto en la realidad. Es como si Jesús no hubiera vencido al mal y a la muerte. El sufrimiento de la gente sigue siendo terrible, las divisiones no parecen tener cura, mi comunidad es desalentadoramente mediocre, y yo no soy tan bueno como pensaba. “Mi señor tarda en llegar”.

En la larga espera, el criado pierde el horizonte, comienza a hacer tonterías y se echa a perder.

Los momentos difíciles

La instrucción *Faciem tuam* (13.d) pide a la autoridad religiosa que sepa “infundir aliento y esperanza en los momentos difíciles”. ¿Qué son esos momentos difíciles? ¿De dónde vienen el des-aliento y la des-esperanza?

No creo que las dificultades que más desalientan vengan del exterior. Sufrimos, sin duda, a causa de la secularización de la sociedad, o de la falta de respuesta creyente en nuestro entorno, o de los riesgos físicos en tierras pobres y violentas, o del ninguneo al que nos someten la sociedad y los medios de comunicación, o de la falta de vocaciones... Pero nada de eso lleva necesariamente a la desolación. Al revés, puede que sean incluso fuente de consuelo y de alegría interior.

La principal fuente de desaliento la encuentro mas bien en dos factores internos: el endurecimiento de nuestros corazones (cuando ya no sabemos querernos), y la sospecha de que lo que hemos profesado ya no constituye un camino de Evangelio para nosotros

(y, en consecuencia, nos organizamos la vida de otra manera). Eso no viene de fuera sino que ocurre dentro de nosotros y es lo que nos sumerge en los "momentos difíciles".

Es una cuestión de deseo. Precisamente, la continuación del texto que he tomado de orientación nos habla del deseo incendiario de Jesús: "He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!" (Lc 12,49). Sin un fuerte objeto del deseo por delante, la esperanza se vacía y no alcanza a motivar la entrega de una vida. Creo que la esperanza se juega en nuestra disposición para entrar en ese deseo, en concreto en el deseo de amar como Jesús y en el deseo de seguirle a la manera de nuestro instituto.

El superior desesperanzado

Dice *Faciem tuam* que la autoridad debe infundir esperanza; pero ¿quién alienta a la pobre autoridad? Constató que los hermanos en servicios de autoridad, los superiores, forman un grupo de riesgo frente al peligro de la desesperanza. Motivos no les faltan. Cuando uno está en la "base", sin responsabilidad especial sobre otros hermanos, siempre puede encontrar alicientes en la pastoral, o en otros trabajos, con los que aderezar la vida. Pero cuando te toca ser autoridad entre tus hermanos, e intervenir sobre la realidad de los individuos y de las comunidades, el paisaje cambia y tu mundo se circunscribe a una realidad mucho menos gratificante. Por eso hay tantos religiosos que no aceptan ni siquiera ser candidatos para los puestos de autoridad.

Los superiores están más expuestos al lado oscuro de nuestra vida religiosa, allí donde los corazones de los hermanos esconden sus heridas, sus recelos, sus rencores, sus bloqueos, sus crímenes; allí donde nuestro lenguaje público desvela su vertiente perversa al chocar con los aspectos más mezquinos de nuestra condición. El trabajo del superior le lleva confrontarse -a veces violentamente- con las aristas más cortantes del perfil de los hermanos.

Hace poco, un superior me decía: "¡Qué diferente es gobernar personas generosas a gobernar personas atrincheradas!" Y uno de mis consejeros generales, ya curtido en diálogos personales con hermanos durante las visitas canónicas, comentaba que lo que más esperanza le daba era encontrarse con viejos alegres y bondadosos y con jóvenes generosos y libres, mientras que lo que más le descorazonaba era justamente lo contrario: ver hermanos mayores tristes, protestotes, cínicos, heridos... y jóvenes encerrados en sus propias sensaciones, celosos de sus derechos, y atados a intereses camuflados de bellos discursos.

Los religiosos arrastramos a escondidas muchas tristezas del alma, que quizás enfrentemos cuando nos quedamos a solas, cuando no tenemos nada que "vender" al público, cuando cerramos la puerta de la alcoba y desnudamos el alma ante Dios. Aunque rara vez se permita al superior asomarse a esa trastienda del corazón, muy a menudo le toca recibir el impacto de esas decepciones y frustraciones que emergen transformadas en rabia o en ataques personales. Dicen que es un mecanismo de defensa para evitar caer en la gran tristeza que provoca la excesiva lucidez; puede ser. El caso es que el superior sirve de "cojín de sastré" a muchos hermanos que van clavando en él las agujas de sus traumas y enfados.

Recuerdo lo último que nos dijo el papa Francisco a los superiores generales en el largo encuentro con que nos regaló el pasado mes de noviembre. Dijo: "les agradezco por este acto de fe de venir a hablar conmigo, y por las humillaciones por las que tienen que pasar". Debo decir que sus palabras fueron un bálsamo de consuelo para todos los presentes, que comprendimos muy bien a qué se refería.

Al superior le toca ser testigo directo de las heridas contra la comunión: cuando los hermanos se descalifican unos a otros cruelmente, cuando se disparan juicios duros sin apelación, cuando se opone la negativa absoluta a las invitaciones a vivir y trabajar juntos. El superior alcanza a constatar hasta qué punto "todos erramos como ovejas, cada uno siguiendo su camino" (Is 53,6), y por eso puede volverse en su oración hacia el que cargó con nuestro castigo saludable (Is 53,5) para atraer a todos hacia él (Jn 12,32) y para derribar en su cuerpo el muro de enemistad que nos separaba (Ef 2,14) y decirle: "Señor, parece que la cosa no te ha salido demasiado bien; en cualquier caso, está claro que los frutos de tu redención tardan mucho en llegar..."

El superior puede sintonizar de manera particular con el llanto de Jesús sobre Jerusalén: "cuántas veces he querido reunir a tus hijos... y no habéis querido" (Lc 13,34). El superior, en fin, tendrá que vigilarse, y mucho, para no dejarse llevar por el cansancio interior y acabar gritando con rabia a sus propios hermanos: "¿Hasta cuándo os tendré que soportar?" (Mc 9,19)

2. "...para que reparta la ración de alimento a sus horas" (Lc 12,42)

Que se cuide, pues, la autoridad para no caer en la tentación de la desesperanza. Pero no nos quedemos en la enumeración de las dificultades (ejercicio relativamente fácil) y volvamos a la pregunta que da pie a esta intervención: ¿qué puede hacer la autoridad en la vida religiosa para avivar la esperanza de las personas y de las comunidades? El texto que he tomado como orientación da la clave: en este tiempo de espera en que aguardamos a que el Señor vuelva, algunos están puestos al frente de la servidumbre "para repartir la ración de alimento a sus horas" (Lc 12,42).

En cierto sentido, se podría decir que la autoridad sirve a la comunidad como el ángel sirvió a Elías, presentándole el pan y el agua y diciéndole: "Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo" (1Re 19,7). Teniendo alimento y estando en pie, la espera se convierte en camino y se abre a la esperanza de un encuentro deseado. Sin alimento y recostados, se deja de caminar y se construyen refugios; se deja de desear y se defienden trincheras.

El superior no tiene que ser un líder fuerte y visionario, pero es alguien que quiere de corazón a sus hermanos y que está dispuesto a poner todo de su parte para verlos en pie y en camino, en vez de echados por tierra y encasquillados. ¿Qué puede significar esto en concreto para alguien llamado a ejercer el servicio de la autoridad? Ahí van algunas pistas según mi manera de entender las cosas.

2.1. "Yo he pedido por ti para que tu fe no se apague" (Lc 22,32)

El primer servicio que hace la autoridad es el de rezar por sus hermanos y con sus hermanos. Sumarse juntos al clamor de la Esposa que dice: "¡Ven señor Jesús!" es la mejor manera de avivar la esperanza. Alimentarse en la Palabra y en la Eucaristía hace posible la esperanza y la consolida. Las alegrías y los sinsabores de la vida religiosa se iluminan de esperanza si se descubre en lo que hacemos la obra de Dios; si se ven las cosas con ojos de fe. Dios trabaja también a través de lo que somos, aunque lo haga de manera discreta y misteriosa. Esto es difícil de creer. Pero sin esa convicción, mejor apagar las luces y marcharse. La oración insinúa amorosamente que es verdad: que Él está y actúa.

Cada día doy gracias a Dios por el bien que mis hermanos hacen en todo el mundo. Me consta lo grande que es la tarea que desarrollan, pero sobre todo creo que Dios se sirve de ellos para la obra de su Reino. No es que escapemos a la ambigüedad propia de toda

obra humana; pero la oración permite confiar en que, en esa misma ambigüedad, Dios se va abriendo camino.

El superior, pues, sirve a la esperanza de su comunidad convocando a los hermanos a la oración, asegurando que ésta no falte, que sea regular, cotidiana, constante, suplicante y agradecida. La oración es el acto de fe por excelencia. Sin fe, no hay esperanza posible.

2.2. **“Reunir a tus hijos”** (Lc 13,34)

La escatología es comunión. El Señor preparará un banquete para todos los pueblos (Is 25,6). Dios es comunidad. El único mandamiento es el del amarse unos a otros. La caridad es el criterio supremo. Por eso, todo lo que apunta hacia la comunión, lo que ayuda a vencer muros de separación, lo que acrecienta el amor entre los que son diversos, lo que reconcilia a los opuestos, todo eso da esperanza y caldea el corazón. Y al contrario, lo que daña a la comunión, lo que divide a los hermanos, descorazona.

La autoridad alentará a las hermanos que son vínculos de comunión, reforzará los mecanismos de colaboración que funcionan en la comunidad y propondrá otros nuevos, animará a superar barreras, velará para que la vida comunitaria local sea llevadera y sabrosa, y reunirá regularmente a los hermanos en las distintas instancias de encuentro que existan. Sobre todo, invitará a los hermanos a maravillarse por el milagro de que estemos juntos, siendo personas tan diversas que no se han elegido entre ellas. Solo el hecho de que estemos ahí, reunidos en una misma familia religiosa, es un signo -quizás el más potente- de que Jesús ha resucitado.

La autoridad tiene también el deber de resistir a los violentos, a los individualistas, a los que disgregan y confunden. A veces, un malentendido respeto hacia las personas lleva a la autoridad a no actuar frente a hermanos que, con mayor o menor vehemencia, socavan la comunión en la comunidad, que queda desarmada y perpleja ante ataques que la dañan. Sin embargo, la autoridad es un servicio de comunión y, por eso mismo, tiene el deber de reaccionar con los medios a su disposición (exhortativos, organizativos y canónicos) para defender a la comunidad convocada por el Señor. Es amargo e ingrato enfrentar a los hermanos, ya lo sé. Pero el Derecho otorga a la autoridad competencias sobre las personas que debe utilizar en defensa de la comunidad (y por el bien de la propia persona) si fuera necesario.

2.3. **“Confirma a tus hermanos”** (Lc 22,32)

Propiamente hablando, el superior no da esperanza; tampoco la alimenta; y mucho menos la inventa. No es él la fuente, imenos mal! Su función es más bien la de confirmar lo que los hermanos ya saben. La autoridad hace de recordatorio, de indicador que apunta ante todo hacia los pilares de aquello que hemos profesado.

Me refiero, en concreto, a las Constituciones y a las decisiones capitulares que las actualizan, que representan instancias de autoridad más altas que cualquier superior en la Congregación. Les debemos obediencia. Las Constituciones y las decisiones capitulares recogen el motivo por el que existimos como comunidad en la Iglesia. Conviene valorarlas y honrarlas. El grupo que se las toma en serio refuerza su conciencia de comunidad, la fuerza de su misión, y el ardor de su esperanza.

La autoridad servirá en la medida en que recuerde e invite a retomar constantemente la belleza del camino particular que hemos profesado para ser discípulos de Jesús. Estoy convencido que la verdadera esperanza se enraíza más en la vivencia cotidiana de una vida “regular” (según la regla de vida que hemos abrazado) que en realizaciones más o

menos novedosas y llamativas. La esperanza es un trabajo casero, artesanal, escondido, y al alcance de todos.

Decía antes que uno de los principales motivos de desaliento radica en la sospecha de que lo que hemos profesado ya no constituye un camino de Evangelio para nosotros. Esto conduce a un desapego respecto a las orientaciones constituyentes del grupo, que resulta a la larga muy desmoralizador. Cada uno se vuelve "fundador" de su propio itinerario de Evangelio y se ve obligado a justificar su vida proclamando la excelencia de lo que hace.

Durante mucho tiempo me he lamentado de verme obligado a tratar de convencer a mis hermanos de que es bueno vivir según aquello que ellos mismos han profesado. Si me dicen que no les interesa lo que piden las Constituciones y que lo único que quieren es que los dejen en paz... ¿qué puedo hacer yo? Si no hay un proyecto común, ¿por qué estamos juntos? ¿A qué estamos jugando?

Aún sigo quejándome, debo admitirlo; pero un poco menos. Ahora comprendo que la Congregación puede ser vivida de dos maneras diferentes y contrapuestas. Una es como una piragua en camino con un equipo de navegantes a bordo. Otra es como una casa donde cada uno se instala y encuentra su sitio en el mundo; una casa con un amplio jardín donde cada cual cultiva las plantas que más le gustan. Me va más la primera imagen; me va lo de un grupo de hermanos, cómplices, en camino, con un plan común que les libera del enredo de tener que montarse cada uno su mundillo, dispuestos a lo que haga falta. Pero me rindo a la evidencia de que nuestras congregaciones son también grandes mansiones en las que un grupo de personas dispares procuran encontrar su nido, sentirse reconocidas, y hacer cosas buenas en un marco que les dé seguridad.

En la piragua o en la casa, el servicio de la autoridad se ocupará de recordar, pedir y -llegado el caso- exigir que se vivan los elementos constituyentes que dan sentido a la existencia del instituto. Ese servicio puede llegar, debe llegar, incluso a acciones dolorosas como la de invitar a salir a quienes han perdido todo interés en las formas concretas de vida que proponen las Constituciones¹. Me pregunto si la falta de garra de la vida religiosa, de la que tanto nos quejamos, no estará causada en gran medida por la presencia en ella de muchos que no deberíamos estar.

2.4. "Lo que conduce a la paz" (Lc 19,42)

"¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz!" (Lc 19,42), exclama Jesús llorando sobre Jerusalén. El trabajo de reconocer lo que es bueno, de discernir lo que se debe hacer, es tarea de todos a la luz del Espíritu. Pero a la hora de la toma de decisiones que lleven a realizaciones prácticas, el papel de la autoridad es crucial.

Un grupo que se atora en procesos de reflexión interminables, que se ahoga en un océano de discursos que nunca cambian nada en lo concreto de la vida, mata a fuego lento su esperanza y se hunde en un sentimiento difuso de impotencia. En los tiempos

¹ Fijense lo que decía san Vicente de Paul: "Nada me aflige más que ver salir a alguna de entre nosotros; me quedo inconsolable. Pero si aquí no encuentra su camino hacia la salvación, es mejor para ella y para las demás que salga en vez de quedarse. Puedo aseguraros que me da mucha pena ver salir a una hermana. Quisiera dar mi sangre para impedirlo. Pero, una vez que he hecho todo lo que podía, bendigo a Dios por haber purgado a la Compañía de las personas que no son adecuadas. Cuando veáis salir a una hermana de la Compañía, decid: "tenemos superiores que actúan con sabiduría" (Perfección Evangélica 1265; S 79).

que vivimos, son pocas las palabras capaces de infundir esperanza; las acciones, sin embargo, tienen muchas más posibilidades de generarla.

Es función de la autoridad religiosa poner fin a los procesos de discernimiento mediante la toma de decisiones que propongan tareas concretas a los hermanos.

En ese sentido, creo que uno de los mejores servicios que la autoridad puede hacer es colocar al hermano en una buena situación misionera. La buena situación misionera es la que conduce a dar lo mejor de uno mismo al servicio del Evangelio y permite encontrarse con Dios de una manera hasta entonces desconocida. Es verdad que todos nos resistimos a los cambios. Cuesta salir de las "zonas de confort" en las que nos sentimos seguros. Duele dejar tareas que consideramos buenas y necesarias, cuyos frutos saludables constatamos. Pero alguien debe venir en algún momento para sacarnos de nuestro nido y ponernos de nuevo en camino. Ése es el servicio de la autoridad.

Muchos podemos dar testimonio de haber vivido como una bendición destinos que nunca habríamos escogido y obediencias a las que espontáneamente nos hemos resistido. Dios ha venido a nuestro encuentro en donde no lo imaginábamos. La esperanza se ha hecho más grande mientras más nos han acercado a la cruz, materializada en los que sufren, en los pobres, en los que están tirados en la cuneta de los caminos. Aquello "que conduce a la paz" se nos ha regalado sin que previamente lo hubiéramos reconocido. La mediación imprescindible para que esto ocurra es la autoridad.

2.5. "La ración... a sus horas" (Lc 12,42)

La esperanza se puede malograr tanto por exceso de lentitud como por exceso de velocidad. Los seres humanos somos muy complejos y evolucionamos al hilo de procesos lentos y delicados, cuyos resortes son a menudo casi imperceptibles. Necesitamos alimento, alimento fuerte, de adultos; pero solo podemos digerirlo en raciones... y a sus horas. Cada paso en las exigencias del Evangelio requiere un proceso previo. No se puede esperar alcanzar una meta sin haber recorrido el camino que conduce a ella.

La autoridad está llamada a profesar un respeto reverente a cada hermano en su realidad concreta; a inclinarse ante cada uno reconociendo en él no solo un destinatario de mi servicio, sino ante todo un hijo de Dios que el Señor me ha entregado como compañero y ha confiado a mi cuidado.

El respeto al hermano conlleva el respeto a la realidad, a lo posible. De esa manera, el superior salvaguarda además su propia esperanza, evitando desgarrarla inútilmente con ideales imaginarios. "Dios se encarga de destruir las comunidades ideales", decía Bonhoeffer. Lo mismo podría decirse de los "religiosos ideales" que uno pudiera construirse en la cabeza.

El respeto se ejerce en la escucha. La escucha se institucionaliza en la visita del superior a cada hermano, que es un tesoro en la tradición de la vida religiosa. La visita es un ejercicio exigente, cansado y a veces tenso, pero constituye la parte más hermosa y reveladora del trabajo del superior. En ese diálogo de corazón a corazón, la pregunta principal es: ¿qué está haciendo Dios en tu vida en este momento?

A medida que se va escuchando a los hermanos, se despliega ante el superior el verdadero paisaje de la comunidad y del instituto, con sus luces y sus sombras. La escucha reverente del hermano te hace testigo privilegiado de muchos misterios del corazón, y te lleva a mirar con cariño y ternura lo que se oculta detrás de nuestras realizaciones supuestamente exitosas o aparentemente mediocres. El tú a tú con el hermano es una prueba de fuego para la fe (en que es Dios quien nos convoca), para la

esperanza (de que Dios actúa entre nosotros) y para la caridad (hacia cada hermano concreto).

El diálogo con los hermanos es un camino de paciencia y de humildad que permite nombrar la realidad con claridad, sin maquillarla, y también con caridad, buscando el bien del otro. Solo después de escuchar se puede estar en disposición de decidir.

Me consta que, en algunas ocasiones, la escucha atenta del superior hacia sus hermanos genera una corriente interior de esperanza y de bondad. El corazón herido que todos llevamos dentro, encuentra sanación y consuelo en el oído atento que lo escucha.

“Todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8)

El servicio de la paternidad en una comunidad donde todos son hermanos

Ya sé que la figura del “padre” aplicada a los superiores levanta una avalancha de resistencias. Empezando por Jesús, que no quería que llamáramos a nadie “padre” en esta tierra. Se habla de “padre” y se despiertan los demonios del paternalismo, del infantilismo, de la manipulación de personas, del abuso de poder, del clericalismo... Todos somos adultos, todos somos hermanos; no necesitamos a nadie que nos lleve de la mano; déjeme de pamplinas de “padrecitos”.

Sabiendo que hay que estar alertas a todas esas posibles desviaciones, aún creo que se puede representar al superior con la imagen del “padre”, en el mejor sentido benedictino. El padre cuida, se preocupa del crecimiento de cada uno, escucha. El padre exige, recuerda los valores, aplica la “ley pedagoga”, empuja a salir de uno mismo y a abrir los ojos a la realidad. El padre no deja a nadie atrás, no se desentiende de ninguno, nunca deja de ser responsable de los suyos.

La experiencia humana básica nos dice que se necesita un “padre” para no vivir desorientado. La madre dice a su hijo: “en este mundo estás seguro”; el padre le dice: “en este mundo puedes trabajar con sentido”.

Los hermanos llamados al servicio de la autoridad tienen el deber de cuidar a sus hermanos y, de ese modo, participan de la paternidad cuyo origen está en Dios Padre (Ef 3,15) y cuyo servicio se orienta a *robustecer a los hermanos por medio del Espíritu en su hombre interior* (Ef 3,16). Ese es el trabajo de la esperanza.

Por otra parte, y por fortuna, el superior sabe que es un “padre” un tanto especial: un padre que es también hermano, y un padre que lo será solamente durante un tiempo. ¡Menos mal que esto de ser “autoridad” no es para siempre!

